

Los años circulares

QUIZÁ LO MÁS CERCA QUE PUEDA ESTAR UN HOMBRE DE DIOS ES AL HACER EL AMOR CON UNA MUJER. Al menos así lo piensa Román, mientras contempla el cuerpo desnudo de Anne tendido boca abajo en su cama. Ya no es la joven de la que se enamoró perdidamente en el primer año de carrera en Deusto, cuando ambos eran dos adolescentes ansiosos por crecer y saborear la vida, con electricidad en las pupilas y ansia en los dedos, ávidos por recorrer una orografía ajena. Sí, han pasado los años, muchos, la piel de Anne se ha craquelado con el cincel de la experiencia, pero también de la amargura. Eso lo supo en el preciso momento en el que se la encontró, dos décadas más tarde, en la cafetería del polígono y supo que aún lo daría todo por morir en sus brazos. Que el día en que la parca reclamara su presencia y quisiera beberse su último aliento con un ósculo de hielo, ojalá fuera con el rostro de Anne, con sus labios, con esos dedos redentores capaces de acariciar el alma pasando los pulpejos por el pecho, logrando que la cadencia de sístoles y diástoles se adaptaran a su antojo. Porque puede que Anne hubiera cambiado, veinte años son muchos años, pero sus sentimientos por ella no lo habían hecho. Lo sabe mientras se sienta en la cama y cubre la espalda desnuda de Anne con la sábana, velando un cuerpo que aún conserva sobre la piel su propio sudor, el que han compartido entre abrazos, posturas imposibles y ese clímax acompasado, en el que han boqueado al cielo, como si ambos desearan rescatar del ambiente viciado de la

habitación de la casa de Román, el aire que la boca ajena ha dejado escapar, y con él parte de su alma.

Camina alrededor de la cama con sigilo, como si pasara por el infierno con miedo de despertar al diablo. Quiere contemplar su rostro así, mientras duerme, con las facciones suavizadas por ese instante de paz que en su tiempo no supo o quizá no quiso darle. Fue por eso que ella huyó a ese lado del filo de la vida, por donde se desmenuzan los sueños y se brega por ideales confusos, revestidos por el desconcierto de unos años donde la pólvora y el plomo, el fuego y el llanto, la miseria y las miradas veladas, eran una constante en unas calles que no entendían de otra pasión que no fuera la que se teñía por una ideología, fuera del bando que fuese.

La cara de Anne, con los ojos cerrados y el rostro vuelto hacia la mesilla, sobre la que descansan una pequeña lámpara vintage y varios libros de Haruki Murakami y Eduardo Mendoza, conserva esa belleza infantil de mujer que se niega a venderse a la edad madura. A pesar de ello, en sus rasgos espejean ciertos matices, apenas intuidos, de todo lo que ha vivido en los años que han pasado sin verse. Dos décadas de silencio y ausencia, aunque en ni uno solo de esos siete mil trescientos días, sin constar bisiestos, ha dejado de pensar en ella.

Siente el deseo de arrodillarse ante ella como si lo hiciera ante Dios y besarla en los labios, conseguir que sus ojos se abran lentamente y volver a hacer el amor con ella, una vez más, continuando las horas de pasión, redención y espaldas curvadas que se han sucedido a lo largo de una noche en la que los años vencidos, los que transcurrieron sin ella; una suerte de años circulares que no llevaban a ninguna parte y que parecían concluir en el mismo punto en el que se habían iniciado. Quizá por eso fue incapaz de volver a amar

después de perderla. Quizá por eso su transitar por la vida había derivado en una dedicación laboral, que más allá del notable hecho de que saberse dueño de una próspera empresa de vulcanizados, no le había producido mayor placer que el de los notables rendimientos económicos. Su vida, tras la salida de Anne de ella, en aquel atardecer de mayo donde los meses comenzaron a curvarse, se había limitado a tratar de encontrarse, pero buscando en lugares equivocados.

Y ahora había regresado. Encontrándose arrodillado ante ella, rescatando del aire el soplo cálido de su respiración, se pregunta si sería capaz de renunciar a todo por ella, y así tener la oportunidad de volver a enderezar los años y que, al fin, le condujeran a alguna parte. Poco importaba a dónde.

Se reincorpora y camina hasta el baño, ordena a Alexa que encadene una serie de temas al saxo interpretados por artistas como Stan Getz o Dexter Gordon, y se cuelga en el interior de la ducha. Abre el caudal y una lluvia cálida le humedece el cabello, para después descender sobre su rostro, confundándose con las lágrimas que han comenzado a vidriar su mirada.

Ha dejado la puerta entornada, para que el sinuoso sonido de la ducha tal vez despierte a Anne y lo haga con el deseo de unirse a él en el interior del baño. El simple hecho de pensar en volver a tener el delicado cuerpo de Anne entre sus brazos, sentir sus pezones sobre la espalda o acaparar la humedad de su sexo entre los pulpejos de sus dedos, le provoca una erección dolorosa. Cree que su glande va a estallar de excitación y, apenas sin tocarse, eyacula ruborizado contra el cristal biselado de la mampara.

No entiende cómo le ha podido ocurrir. Incluso ya le ha parecido extraño el vigor sexual que ha logrado mantener por la noche con Anne. En los últimos tiempos, a pesar

de recién haber estrenado su cuarta década y tener unas condiciones físicas aceptables para un hombre que no emplea demasiada atención a cualquier actividad deportiva, ha tenido ciertos problemas de tensión a la hora de masturbarse. Una flacidez que, en un principio había achacado al hastío con el que se empleaba en el desahogo, pero que, más tarde y varios fracasos después, había aceptado como parte de la frustración de su vida y el desinterés con el que afrontaba todo aquello que no tuviera que ver con su trabajo. Ni siquiera, algo tan trascendente para cualquier hombre como era la impotencia le había supuesto una especial desazón, lo había aceptado del mismo modo que se había resignado en su día a que se quedaría calvo como su padre y su abuelo, o que jamás tendría descendencia. La única explicación que encuentra a ese clímax repentino en la ducha y la vitalidad que le ha abrazado esa noche, es la presencia de Anne y el modo en que ella ha logrado recuperar de entre sus ruinas al joven que deseaba arañar el barniz que cubría la incertidumbre de su futuro y devorarlo a bocados.

¿Por qué se fue?

¿Por qué dejó que se fuera?

O acaso ambas eran la misma pregunta.

Se enjabona con delicadeza, imaginando que son las manos de Anne las que hacen bullir la espuma alrededor de su sexo, ya laxo, o extiende la pátina jabonosa por su pecho desprovisto de vello. Y mientras lo hace, no puede evitar rememorar aquella época, ya lejana, en la que ambos eran dos jóvenes enamorados que vieron cómo unas ideologías distantes se convertían en un soplo de aire gélido que echó por tierra un futuro demudado en castillo de naipes, que ni siquiera habían terminado de elevar.

—¿De verdad quieres continuar estudiando Empresariales? —le preguntó Anne en mitad de un beso, a orillas de la ría de Bilbao, donde llegaba el olor a óxido de los astilleros.

—Claro —respondió él, encogiéndose de hombros, como si no acertara a comprender la duda que había prendido en los últimos días en Anne y cuyo trasfondo intuía.

Los padres de Anne se habían posicionado de forma destacada a favor del independentismo de Euskadi, participando de forma activa en un significativo número de manifestaciones y mítines de carácter reaccionario. Un posicionamiento que desde el encierro de su tío Endika, hermano menor de su madre, por colaborar con el brazo armado de ETA, se había radicalizado. La influencia de sus padres había metamorfoseado el otrora carácter dócil y obsecuente de Anne, una joven que soñaba con diplomarse en Veterinaria y establecerse en alguno de los muchos caseríos que salpicaban los valles que rodeaban la capital vizcaína. En poco más de unos meses casi todas sus conversaciones comenzaron a girar alrededor de la represión del Estado sobre el pueblo, de la identidad euskalduna, del derecho a expresarse en su propio idioma, cuando en realidad no pasaba de saber cuatro frases en batúa, o a inclinarse del lado de la violencia para lograr en tiempo y forma, lo que la política parecía imposible que alcanzara: la independencia de Euskadi.

—Si quieres estudiar Empresariales es porque quieres ser uno de ellos...—dejó en el aire, mientras se deshacía el abrazo en el que ambos estaban unidos, sin ser conscientes aún de que sería el último—. Pero claro, eres un puñetero Martínez, qué coño vas a saber tú de lo que es soportar ciertos yugos, si tus padres han crecido en Montijo, donde la única tortura que existe es la de los ganaderos arreando a las vacas —concluyó.

Hasta hacía unas semanas Anne nunca le había reprochado su origen extremeño, incluso cuando le tildaba de «maketo», lo hacía con cariño. Y en aquel momento empero, lo más

semejante a cierto apego, residía en el modo en que le miró, intuyendo una despedida que él era incapaz de asimilar.

—No te entiendo, Anne. Siempre has sabido que quería montar mi propia empresa, depender de mí mismo, sin más —respondió desde el otro lado del abismo que, súbitamente, se había abierto entre ambos.

—Un extranjero más aprovechándose del pueblo vasco —sentenció.

Tras aquella lacónica frase, el silencio, dos miradas en el suelo sin saber cómo continuar aquella conversación. Después, sin despedirse, Anne giró sobre sus pies curvando el sentido de los años que continuaron a aquel momento. Se perdió entre el gentío que nutría los alrededores de la ría y no volvió a verla.

Supo de ella, por supuesto, habían sido cuatro años juntos compartiendo fiestas, juergas y un sinfín de experiencias con otros tantos amigos. Los más cercanos a la ideología que Anne había tomado como propia guardaban silencio cuando se les preguntaba por ella. Sin embargo, quienes se mantenían ajenos al conflicto le decían que Anne se había involucrado mucho, que la habían fichado, que solía estar cerca de la frontera con Francia, ayudando a cruzar de un lado a otro. Incluso, con el paso de los años, le llegaron a comentar que había dado un paso más, que solo eran rumores, pero que estaba muy dentro en esos años de plomo. Él nunca quiso creerlo, pero tampoco tenía una base como para negar que así hubiera sucedido. Habían transcurrido muchos años circulares desde entonces. Demasiados como para concluir siempre en el punto de partida, en ese pequeño rincón de Bilbao, cerca del Nervión, desde donde la había visto huir de su lado, marchar para siempre. Porque, al final, y lo sabe después de haberla reencontrado dos décadas después, todo conducía a Anne. Estar en su interior, estallar dentro de ella, era lo más cercano que estaría en vida de Dios. Mientras sale de la ducha y mira el fulgor que titila en las pupilas achicadas de sus ojos, por la luz que proyectan los focos del lavabo,

rememora ese encuentro fortuito que, tan solo unas horas atrás, puede haber cambiado el sentido de toda su existencia y logrado, de una vez por todas, enderezar la curvatura de su vida, para que los años transcurran hacia un futuro, a ser posible junto a Anne.

Tiene la costumbre de tomar un café a mediodía lejos del edificio de su empresa. No le gusta entremezclarse en un momento de asueto con comerciales, jefes de sección de la fábrica en su descanso de mitad de jornada, antiguos empleados que rondan alrededor de la empresa en busca de la readmisión, o melindrosos trepas en pro de un ascenso. Aunque se ha convertido en el centro de su aburrido día a día, odia todo lo inherente a su trabajo, incluyendo la desproporcionada corte de lameculos, capaces de pagarle el café y el cruasán, agitarle el azucarillo en la taza e incluso soplar para aliviar la temperatura del amargo trago con el que trata de desperezarse cuando la mañana está siendo especialmente soporífera. Adjetivo con el que puede catalogarse la mayor parte de todos sus aburridos días. Ese día empero, una reunión con unos proveedores de Hernani le obligó a tomarse el descanso en la cafetería de enfrente. Entró con la cabeza baja, tratando de obviar a todos los empleados que allí se daban cita, algunos de los cuales huyeron, revelando que no debían estar allí en ese momento, y tras pedir un café doble y un bollo suizo, se trasladó hasta una de las mesas del fondo, la más retirada de todas, protegida por una mampara con la serigrafía de la cafetería. Tan deprisa caminó y tan ensimismado, que no se percató de que al otro lado de la mesa que pretendía ocupar, un café con leche humeaba junto a unas gafas con montura al aire y el libro «Porque amanece cada día» de Ramon Saizarbitoria, con un calendario de mano asomando entre sus páginas, como marcador de lectura.

—¡Oh, perdón! —se disculpó Román, al descubrir a la mujer que, con la mirada vuelta hacia la calle, parecía ausente, incluso perdida—. Creí que no estaba ocupada —anexó.

—No pasa nada —replicó Anne, volviendo el rostro hacia su antiguo amor, con una sonrisa trémula en sus labios.

Los ojos de ambos se encontraron con la fatal calma con la que podrían hacerlo dos icebergs en un mar por el que tan solo transitan ellos y que pierden parte de sí mismos en la casual colisión. De repente eran dos gatos que no saben si curvar su espalda o ronronear, que no alcanzan a comprender si el destino les ha abierto los brazos o puesto la zancadilla. Se reconocen en la decadencia de esos labios, ya cincelados por los años y las experiencias, que un día besaron. Se reconocen en los ojos cansados, hartos de contemplar un mundo que comenzó a deshacerse el día en que dejaron de verse, que no de amarse. Se reconocen en ese gesto neutro, como de antílope herido, asustado en un margen de la carretera, ante los faros de los coches que cruzan a su lado.

—Vaya —dijo Anne, a modo de saludo, aliviando la tensión de Román con una extraña sonrisa, apenas un arqueo intuido en sus labios, en ese bezo que rebla y del que prende el hilo del anhelo de su amor pretérito.

—Sí, vaya.

El café de ambos dejó de humear. Como si, súbitamente, en ese breve espacio de la cafetería se hubiera instalado un desapacible invierno.

—Puedes sentarte, incluso puede que lo quiera, pero no lo admitiré jamás —le ofreció Anne, entre pizpireta y orgullosa.

Román se sentó frente a ella sin un protocolario saludo, ni un beso en la mejilla, ni siquiera un aséptico apretón de manos, nada.

—Estás...estás... —quería decir tan bella como antaño, quería decir tan magnética como siempre, quería decir tan radiante como cuando lograba deslumbrarle con apenas una sonrisa. Pero no dijo nada de eso, aunque ella lo supo, porque nadie la había mirado como la miraba Román en aquel momento. Nadie en, al menos, los últimos veinte años.

—¿Cómo por aquí? —le preguntó ella, tratando de trivializar la situación.

Román señaló el edificio de enfrente con el pulgar.

—Esa empresa es mía, ¿y tú? —respondió con naturalidad, como si le hubiera señalado un Citroën CX en lugar del edificio central de una de las empresas más prósperas de Euskadi.

—De echar un currículum en ese mismo edificio —admitió, dejando que el rubor ascendiera por sus mejillas, aumentando la temperatura de las mismas—. Paradójico, ¿verdad?

Román sonrió, Anne sonrió, y la brecha de dos décadas se diluyó entre ellos como el azúcar que Anné vertió delicadamente sobre su café. Aquel día Román no atendió a los proveedores guipuzcoanos, ni Anne regresó al centro de la ciudad. Al café le continuó un almuerzo frugal, una comida, dos copas, un beso, dos, tres, doce, cuarenta, cien, mil... un reguero de ropa esparcida por el suelo, una cama convertida en un campo de batalla, unas sábanas demudadas en húmedos fangales... dos cuerpos y sus respectivas almas, convertidas en un solo ser.

Contemplándose en el espejo, después de haberse duchado y vaciado, Román cavila sobre el azar y su dudosa forma de orientarlo todo en una suerte de apocatástasis donde todo fin tiene como consecuencia un nuevo inicio; en muchas ocasiones no demasiado diferente al original. Se siente afortunado. Anne ha regresado. No solo ha regresado; ha regresado y han vuelto a hacer el amor como cuando eran jóvenes e inmortales. No solo ha regresado y han hecho el amor; ha regresado, han hecho el amor y ha pedido trabajo mediante la entrega de un currículum en la empresa, en su empresa. Claro que se siente afortunado, se siente el hombre más afortunado del mundo.

Se acicala y emplea con generosidad el desodorante. Se viste unos calzoncillos a estrenar y una camiseta holgada, que no evidencia lo que ella ya ha comprobado y muy de cerca, que su vientre dista un mundo de ser el bloque firme y apolíneo que lucía cuando ella se abrazaba a él por la espalda, mientras paseaban por las calles de aquel lejano Bilbao a lomos de su Derbi Diablo. No se pone un pantalón, aunque mira de reojo los Levis que dormitan sobre una silla junto a la mampara. Acaba de eyacular en la ducha y durante la noche cuántas veces han sido, ¿tres, cuatro? Ya no es el que era, si es que alguna vez ha sido. Lo que tiene claro es que no le importa exponerse a un gatillazo si se le concede la oportunidad y los pantalones son un mero estorbo para intentar llevar a cabo la épica.

Regresa a la habitación y la cama está vacía. Un erial arenoso demudado en colchón viscoelástico adobado con sábanas malvas y una serie de cojines, que la pasión nocturna y la huida de Anne, ha dejado disgregados por la inmensidad de ese lugar, a veces sagrado, a veces solitario, que es su cama.

No necesita buscarla por la casa, sabe que se ha ido.

No vive una película de Robert Altman en la que encontrar a Anne en la cocina, envuelta en una nube caliginosa, con aroma a gofres y café recién hecho, en una suerte de Julianne Moore en «Vidas cruzadas». Se ha ido. Algo tan simple y a la vez tan complicado de aceptar. ¿Volver a perderla después de recuperarla? Es algo que difícilmente logrará asimilar.

Conteniendo las lágrimas se sienta en la cama, dejándose caer sobre el lado que ha ocupado el cuerpo de Anne mientras dormía y cuya huella aún se intuye en los pliegues formados sobre la sábana. Cierra los ojos con la cabeza sobre la almohada y rescata ráfagas del perfume de su pelo. Aprieta los labios con fuerza y pasa la mano por la cama recordando el modo en que recorría la orografía de su amante unas horas atrás. Al pasar

por debajo de la almohada, cerca de donde él tiene colocada su cabeza, mirando hacia la mesilla, sus dedos tropiezan contra un papel. Lo recoge con los dedos e intuye que se trata de un sobre. ¿Una carta de despedida? No ha tenido tiempo suficiente en toda la noche para escribirla.

La extrae y siente que todo su mundo se viene abajo al descubrir la carta que Anne ha dejado escondida debajo de su almohada, después de haberle regalado la mejor noche de su vida y un sinfín de ilusiones, que se habían ido entrelazando a medida que Román imaginaba un futuro a su lado.

El anverso de la carta está en blanco y por el grosor parece contener un único papel, quizá un folio doblado en un par de ocasiones. Al girar el sobre empero, la sangre parece detenerse en el interior de sus venas, los latidos ralentizan su cadencia y la melancolía de saber que todo era una farsa le duele aún más que ser el destinatario de una carta con el emblema de ETA, la serpiente rodeando el hacha, impreso en el reverso de la misiva. Por eso se había mostrado en todo momento esquiva a hablar sobre esos veinte años de lapso entre ellos.

La rasga sin cuidado, roto por las emociones desmenuzadas sin piedad. En el interior una breve carta le conmina a realizar un pago de cinco millones de pesetas, como contraprestación a los ingentes beneficios que su empresa está extrayendo del País Vasco. Hay un plazo, tres semanas, pero no le importa, no piensa pagar.

Se derrumba a pies de la cama con la carta en la mano y el corazón deshilachado sobre el pecho. Tiene el dinero para pagar, tiene mucho más del que precisa para quedar en paz con ellos, pero no piensa hacerlo. Conoce las consecuencias, muchos las han vivido antes que él y sabe cómo acabaron sus empresas... y ellos mismos. Aun así, no está dispuesto a ceder.

Y si no va a hacerlo no es porque no lo importe su vida, ni por el dinero. Si no va a pagar es porque sus años han vuelto a curvarse, está condenado a regresar de nuevo al sentimiento original, al que dio inicio a todo, la apocatástasis de una conclusión precipitada con un reinicio demasiado similar a todos los anteriores. Poco importa. Nada importa. A lo único que se aferra es que tal vez si no paga envíen a alguien a buscarle en unas semanas. Quién sabe, puede incluso que sea ella. Por si acaso, dejará la puerta abierta...